

## CAPÍTULO XIII

### LA IGLESIA Y LOS GOBIERNOS CIVILES

Después de lo que llevamos dicho, parecía superfluo detenernos á probar que la Iglesia jamás ha sido enemiga de ninguna forma de gobierno absolutamente considerada, según se le objeta, aunque sin tomar el trabajo de demostrarlo. Pero como entre nuestros lectores habrá muchos poco instruidos, que no tengan en la materia la suficiente claridad de ideas, en gracia de ellos vamos á hacer unas brevísimas observaciones.

El Catolicismo no adopta como suya ninguna forma política; todas las abraza igualmente. Reconoce en los pueblos el derecho que tienen de escoger la forma de gobierno que juzguen más conveniente á sus intereses; y una vez hecha la elección, viene Dios á ratificarla y sancionarla, resultando de este modo una autoridad emanada de Dios. La Iglesia la respeta como tal, y en conciencia obliga á todos sus hijos á ser leales al régimen establecido y obedientes á las leyes decretadas. Esta es su actitud con todos los Gobiernos legítimos, sean autocráticos, monárquicos, oligárquicos, aristócratas ó demócratas.

Pero siendo la Iglesia, á su vez, una sociedad perfecta, instituida por Jesucristo y obligatoriamente impuesta á toda la tierra, síguese que los hombres están sujetos á un mismo tiempo á dos autoridades, perfectas ambas en su género, entre las cuales debe naturalmente reinar el más completo acuerdo y armonía. La Iglesia, por lo que está de su parte, reconoce en el Estado plenisimos derechos, dentro de su esfera, los cuales, lejos de cerceñar ó coartar en lo más mínimo, no hace sino perfeccionarlos y dignificarlos.

«Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto,» ha

dicho Jesucristo y lo ha repetido su Iglesia, lo mismo á los particulares que á las Sociedades y á los Gobiernos. El Padre celestial es á la vez el Dios de la Iglesia y del Estado, y Él manda á ambos: «No tendréis otro Dios que á mí.» Ridículo sería decir que este único Señor de ambas sociedades tenía para cada una de ellas encontrados Códigos de justicia, moralidad, autoridad y obediencia, ó que los diversos fines natural y sobrenatural á que una y otra se enderezan, sean entre sí contrarios é incompatibles.

El perfeccionamiento de los individuos, de las sociedades y los pueblos ha sido la gran obra que ha llevado á cabo el Catolicismo, único capaz de acometer con tamaña empresa. Si; la actual civilización es por los cuatro costados cristiana. ¿Á qué otra causa, fuera de la Iglesia, puede atribuirse la divina regeneración y santificación realizada en el mundo del lado acá la Cruz? Sobre el reconocimiento de los derechos de Dios y los del hombre, el Catolicismo levanta y funda los derechos de los Gobiernos; y estrechando en fraternal abrazo á los pueblos más apartados del globo y á los ciudadanos de las más diversas nacionalidades, se levanta entre el cielo y la tierra, como iluminador universal y santificador de todos. Por eso para un católico, ora sea ciudadano de una República, ó súbdito de una Monarquía, el patriotismo, la legalidad, el orden, no son, como para un heterodoxo, meras virtudes cívicas, sino que se convierten en virtudes cristianas, y el contravenir á cualquiera de estos sacratísimos deberes es hacerse reo de un pecado mortal, é incurrir en la sentencia de eterna condenación. La Iglesia, por lo tanto, influye en la sociedad civil, elevándola y ennobleciéndola, y de este modo contribuye á hacer estables los Gobiernos é inspirar á los súbditos sentimientos de obediencia y respeto hacia las personas constituidas en autoridad.

¡Ah! Cuando el Protestantismo, el Liberalismo ó el Indiferentismo mataron en el corazón del pueblo los sentimientos religiosos, destruyendo junto con ellos el más poderoso resorte de honradez y legalidad, ¿con qué sustituyeron tan irreparable pérdida? ¿Acaso la fuerza bruta exterior es más segura garantía de orden social que el impulso interior de la conciencia, que suave pero eficazmente, arrastra al cumplimiento del deber? La Iglesia, además, uniendo á todos sus hijos con lazos de una divina fraternidad, hace desaparecer cierta patriotía raquílica y exclusivista fundada en el temor y el odio. En su Diccionario, la pala-

bra «extranjero» no es sinónima de enemigo. Y aunque todo católico ama á su Patria y á los que en ella nacieron con un amor intensísimo, sin embargo, en su vasto corazón aún se conservan tesoros de cariño para los que nacieron bajo otro cielo y se expresan en un lenguaje que él no entiende. El católico, en cualquiera parte del mundo donde se encuentre, será siempre un ciudadano intelectual y moralmente libre, sin ligaduras que le aten á un señorío ó á determinadas personas.

Tenemos visto, pues, que el pleno goce de los derechos individuales, de la libertad política y de la paz social, no están suficientemente garantizadas en ninguna forma de Gobierno, sino que su mejor y más segura garantía estriba en la virtud y moralidad de gobernantes y gobernados. Y ahora ocurre preguntar: De las dos religiones que en este librito vamos comparando, ¿cuál es la que sobre bases más sólidas asienta los principios fundamentales de justicia, rectitud y moralidad? ¿Cuál ha proclamado más alto la igualdad y dignidad de la naturaleza humana? ¿Cuál está revestida del sobrehumano poder de unir en estrecho vínculo de fraternidad á los hombres de todas las nacionalidades? ¿Cuál se ha mostrado en todos tiempos la fiel amiga del pobre, la acérrima debeladora de tiranos y opresores? ¿Cuál, en nuestros mismos días, ofrece su pecho descubierto para recibir el golpe de muerte descargado contra el proletariado? ¿Cuál florece con mayor número de virtudes públicas y privadas? ¿Cuál inculca con mayor ahinco é insistencia en la educación de la niñez, en el régimen interno de la familia y en la conducta del ciudadano el ejercicio constante de la virtud? Y, en fin, ¿cuál repite más en sus templos, enseña más en sus púlpitos y defiende más en sus obras de Artes ó Ciencias aquella máxima, sencilla pero profundísima, del más Sabio de todos los legisladores y Señor de toda virtud: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura?» La respuesta está clara, y la consecuencia que de ella se deduce, también.

## CAPÍTULO XIV

### INSTRUCCIÓN POPULAR

En el soberbio siglo de las luces es muy natural que á la ignorancia se le mire con desprecio, y á los pueblos donde ella está más extendida se les considere los más infelices de la tierra. Hoy pasa como verdad axiomática que un hombre sin instrucción debe ser á la fuerza menguado en sus facultades mentales, degradado en sus hábitos morales; en una palabra, un sér inútil en este mundo, y para quien la vida misma no puede menos de ser una carga pesadísima. En cambio, un hombre de letras ¡ah!, un hombre de letras ya es otra cosa.

Nosotros estimamos la ciencia é ilustración, pero no más de lo que se merece. Por eso, en obsequio de ellas y de la verdad, debemos decir que esas afirmaciones, hoy tan en boga, son excesivamente exageradas y erróneas. Es falso, en primer lugar, que los que no saben leer y escribir hayan de ser forzosamente nulidades intelectuales, inútiles para todos los usos de la vida. La experiencia de lo que á diario vemos en muchas industrias y profesiones, demuestra evidentemente lo contrario, y la razón misma nos dice que la ilustración y la ciencia, aunque en sí mismas de subidísimo precio, enderezadas como medio á la consecución de un fin social, valen menos, en muchas ocasiones, que la atenta observación, la experiencia reflexiva y un cierto sentido práctico, cualidades excelentes que no es raro encontrar en personas faltas aun de la más rudimentaria instrucción, y que á veces brillan por su ausencia en las que han frecuentado Escuelas y Universidades.

Todavía es más absurdo hacer á la ignorancia madre de la criminalidad, y, por el contrario, convertir á la instrucción,